

## LA NECESIDAD DE POTENCIAR EL LAICADO COMO EXPRESIÓN DEL VATICANO II EN UN CONTEXTO DE SECULARIZACIÓN

THE NEED TO POTENTIATE THE LAITY AS AN EXPRESSION  
OF VATICAN II IN A SECULARIZATION'S CONTEXT

**Francisco Javier Aznar Sala<sup>1</sup>**

Universidad Católica de Valencia. Valencia, España

### Resumen

El Concilio Vaticano II significó una renovación de la Iglesia y una adecuación de la misma a los desafíos de los tiempos modernos. No obstante, son muchos los retos que quedan pendientes en un marco de secularización como el actual. El espíritu del Concilio todavía no se ha plasmado en toda su expresión y quedan cuestiones importantes por dilucidar, como el lugar del laico en la Iglesia, y darle cabida dentro del marco de la nueva evangelización. El laico no ha de asemejarse al clérigo para tener un espacio, sino que es necesario redescubrirlo en su papel de fiel y misionero dentro de las estructuras del mundo. Hemos realizado un breve recorrido por los documentos conciliares y el sentir de los mismos, con la intención de extraer la verdadera finalidad de sus letras y los hemos confrontado a una realidad actual que pide que este espíritu llegue realmente a una estructuras eclesiales demasiado rígidas y clericalizadas. El papel del laico resulta de suma importancia hoy, pero no a la sombra del clero, sino en su misma misión y asumiendo el reto que le corresponde dentro del mundo. Sin duda éste será uno de los temas candentes que la Iglesia deberá afrontar en breve pasados los 50 años del Concilio.

**Palabras clave:** Secularización, laicado, Concilio Vaticano II, clero, cambios.

<sup>1</sup> Doctor en Sociología de la Religión y Master en Matrimonio y Familia y Bioética por la Universidad Católica de Valencia; Licenciado en Teología por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia. Profesor en el Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Valencia. ID ORCID 0000-0003-0510-0425. Correo: fjavier.aznar@ucv.es

## Abstract

The Second Vatican Council meant a renewal of the Church and an adaptation of the Church to the challenges of modern times. Nevertheless, many challenges remain pending in a framework of secularization as the current one. The spirit of the Council has not yet emerged in all its expression and some important issues remain, as the place of the laity in the Church, to elucidate and accommodate in the new evangelization. The layman should not resemble the clergyman to have a space, but a new background is needed in his role of believer and missionary within the structures of the world. For this purpose we have made a brief tour through the conciliar documents, with the intention of extracting the true purpose of their letters and we have faced them to a present-day reality that calls for this spirit to really reach an ecclesiastic structure which is too rigid and clericalized. The role of the layman is of utmost importance in today's Church, but not at the shadow of the clergy, but in its own mission and assuming the challenge that corresponds to him within the world. Undoubtedly this is one of the burning issues that the Church must face soon after the 50 years of the Council.

**Keywords:** Secularization, laity, Vatican II, clergy, changes.

## 1. El giro del Concilio Vaticano II

Nos parece oportuno en este artículo abordar el fenómeno de la secularización que se está dando a nivel mundial y cómo se da dentro del seno de la institución eclesial. Pretendemos comprender cómo le afectó y le sigue afectando dicho fenómeno a la Iglesia, pues no parece que la principal institución religiosa de Occidente y Latinoamérica haya quedado al margen de la influencia de la desafección religiosa y de un pujante pluralismo religioso. Nos parece interesante centrarnos como punto de partida en el Concilio Vaticano II (1962-1965) por lo que supuso dicho evento y por el reto que tuvo que afrontar la Iglesia en medio de un mundo convulso. Además, el Concilio Vaticano II puso las bases para una renovación eclesial que todavía no se ha desarrollado en toda su plenitud.

La Iglesia no fue ajena a los cambios que recorrían Occidente y que también la sacudían desde dentro. El nacimiento de una Europa unida y su identidad cristiana parecían cimentar la unidad de los europeos en torno a unos determinados valores, pero esto únicamente se daba en apariencia pues estaba en germen un viento de contradicciones internas que también hablaban el lenguaje de la secularización: el abandono de numerosos sacerdotes y religiosos, la inseguridad doctrinal, la pérdida del impulso mi-

sionero, el desánimo en la educación religiosa por una gran parte de los religiosos encargados de ella, la disminución de la asistencia de fieles a la misa dominical, la opción preferencial por los pobres que desencadenaría el reto de la teología de la liberación en América Latina que, unido a la desafección institucional, específicamente en el terreno de la moral, se dejaron sentir con fuerza después de la proclamación de la *Humanae vitae* de Pablo VI (1968).

Tras el anuncio hecho por el Papa Juan XXIII dio comienzo el Concilio Vaticano II en 1962 para terminar en 1965 con Pablo VI<sup>2</sup>. El Vaticano II intentó ser una respuesta al modernismo, sin ser plenamente consciente de que estos presupuestos ya venían superados por el postmodernismo. Así, los descubrimientos científicos, plasmados en adelantos técnicos, modificaron sobremanera la escala de valores de una sociedad cambiante. En aquel momento emergía una secularización neutralizante y beligerante en Europa y que después tendría eco en regímenes de América Latina: “La escalada progresiva en el propósito de destrucción de la fe cristiana y de sus valores proseguirá, desgraciadamente, a lo largo del siglo XX. Así es como se ha llegado a la legislación del divorcio, del aborto, de la homosexualidad. La eutanasia es el próximo blanco. La civilización de esencia judeocristiana es así sustituida poco a poco por una civilización entregada al paganismo”<sup>3</sup>. La Iglesia se vio ante la preocupación de dialogar con una sociedad que parecía alejarse cada vez más de su mensaje e, incluso, ser hostil a ella. La sociedad se presentaba con los adjetivos de secularizada, pluralista, científico-técnica, de producción y consumo o interdependiente<sup>4</sup>. Todo ello supuso un enorme reto para la vida del cristiano en medio de una sociedad en profundo cambio.

<sup>2</sup> Asistieron representantes de las Iglesias cristianas no católicas y participaron más de 2.400 obispos de todo el mundo. Según el papa, se reunía el concilio para hacer presente el mensaje de la Iglesia en el mundo y mostrarse sensible a la razón y al corazón del hombre empeñado en la gran revolución técnica del siglo XX.

<sup>3</sup> R. LEJEUNE, *Robert Schumann. Padre de Europa (1886-1963)*, Palabra, Madrid 2000, 105.

<sup>4</sup> Cf. R. LEJEUNE, *Robert Schumann...*, 105. El parlamentario R. Schumann, ferriente católico, intentó luchar desde su influencia política contra lo que él denominaba un laicismo que ahogaba el germen de eternidad depositado en el alma de cada joven y que venía siendo sustituido por una semilla de ideologías que procurasen calmar el hambre de absoluto que sentían.

La figura del laicado cobró especial relevancia a raíz del Concilio Vaticano II, pues se la dotó en los mismos documentos conciliares de un protagonismo del que había carecido hasta entonces y se percibía que la Iglesia pretendía establecer un nuevo marco donde el laico se sintiera parte integrante de la misión de la Iglesia en el mundo. La intención fundamental del Concilio Vaticano II era la de marcar un cambio histórico en la comprensión de la fe cristiana y el modo cómo debía presentarse la Iglesia en el mundo: “La decisión de Juan XXIII de celebrar un nuevo concilio, [pretendía] salir, con un empeño y un esfuerzo común, de un largo período histórico que parecía ya concluido y carente de futuro”<sup>5</sup>. En la conciencia de todos estaba la idea de cerrar una etapa histórica *postridentina* y dar paso a una etapa histórica nueva que demandaban muchas regiones del planeta. De alguna manera, el laicado se vio como una herramienta inestimable para entablar puentes de diálogo con un mundo que se apartaba cada vez más de los postulados eclesiales. Con este fin, la Constitución dogmática *Lumen gentium* hablará de la necesidad de que aparezca el hombre del siglo:

A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento<sup>6</sup>.

Es propio del laico, y así lo reconoce explícitamente el Concilio, cooperar con las estructuras del mundo en orden a hacer presente el evangelio, cuando hasta entonces la relevancia del presbiterado había relegado al laico al simple papel de grey. El Decreto *Apostolicam actuositatem* revalidará esta nueva dimensión laical. A decir de algunos autores, este debería ser el

<sup>5</sup> G. ALBERIGO, *La condición cristiana después del Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 1987, 34.

<sup>6</sup> CONCILIO VATICANO II, “Constitución dogmática *Lumen Gentium*”, en: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 2000, 31. (En adelante, LG)

verdadero espíritu de la secularidad, pues el laicado era capaz de jugar un papel determinante en el seno de la sociedad del momento sin estar necesariamente referida al clérigo, cerrada en ocasiones a dialogar con unas estructuras jerárquicas excesivamente clericalizadas<sup>7</sup>:

Nuestros tiempos no exigen menos celo en los laicos, sino que, por el contrario, las circunstancias actuales les piden un apostolado mucho más intenso y más amplio. Porque el número de los hombres, que aumenta de día en día, el progreso de las ciencias y de la técnica, las relaciones más estrechas entre los hombres no sólo han extendido hasta lo infinito los campos inmensos del apostolado de los laicos, en parte abiertos solamente a ellos, sino que también han suscitado nuevos problemas que exigen su cuidado y preocupación diligente<sup>8</sup>.

El espíritu de la modernidad entró en crisis después de la II Guerra Mundial y el mismo Papa Pío XI animó a los fieles laicos a que formaran parte de la *Acción Católica*, para ayudar a conformar un ‘nuevo orden social’ donde imperara el valor evangélico. Se hizo necesario poder presentarse ante el mundo en una actitud dialogante y no de condena, pues como observa Javier Elzo: “Después de la Segunda Guerra Mundial, se alzan en Europa las voces de muchos teólogos que buscan la especificidad cristiana «en el seno» del mundo moderno y no «frente» al mundo moderno, que tendrán su epígono en el pontificado de Juan XXIII, con su famoso *aggiornamento*<sup>9</sup>, para lo que convocará el Concilio Vaticano II”<sup>10</sup>.

Lo difícil en este nuevo escenario fue encontrar un sitio real al laicado dentro de una estructura excesivamente jerarquizada y donde el laico no había contado hasta entonces en el funcionamiento interno de la Iglesia. La Iglesia intenta acercar posturas con el pueblo llano, como se desprende de uno de los párrafos de la *Lumen gentium* siendo Papa Pablo VI en el año 1964: “Los laicos pueden ser llamados de diversos modos a una

<sup>7</sup> Cf. G. REDONDO, “Secularidad y secularismo”, *Ius Canonicum* 27/53 (1987) 121.

<sup>8</sup> CONCILIO VATICANO II, “Decreto Apostolicam actuositatem”, en: *Constituciones...*, 1.

<sup>9</sup> “«Aggiornare» tiene las connotaciones de «alcanzar» y de «adaptarse» a los tiempos”, cf. J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*, Anthropos, Madrid 2012, 178.

<sup>10</sup> J. ELZO, *Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?*, PPC, Madrid 2013, 93.

colaboración más inmediata con el apostolado de la jerarquía”<sup>11</sup>; pero la verdad es que este acercamiento a los laicos no se iba a producir de la noche a la mañana y pasarán muchos años hasta que este nuevo enfoque fuera calando, no sólo en las estructura eclesial, sino también en la forma en que el laico tiene de comprenderse a sí mismo y su papel en la Iglesia sin necesidad de clericalizarse. Este es el reto que perdura todavía en la Iglesia en el presente.

Sea como fuere, este intento de integrar a los laicos y darles una preponderancia que hasta entonces se les había negado, condujo a confusiones indiscutibles, pues muchos laicos confundieron su papel y entendieron la cooperación a la que se les llamaba como un nuevo modo de clericalismo, como algunos autores hacen notar: “junto a innegables buenos resultados parciales, no se pueden olvidar algunos conflictos como el de la «clericalización» que se operó en los laicos”<sup>12</sup>. Lo que entendió la jerarquía eclesiástica es que se hacía necesario dotar a los laicos de una razón para que pudieran hacerse presentes en la sociedad civil, ya secularizada o en camino de una secularización alarmante. Lo que se pretendió es que el laico llegara allí donde el sacerdote no llegaba, pero en ocasiones no dejaban de una ser presencia indirecta o *longa manus* del presbítero, por lo que cabía afirmar la figura del laico por derecho propio o con una misión original y distinta del religioso o del clérigo.

No se intuía en este periodo lo que la secularidad representaba. La situación externa de 1960 no difería en demasía de las décadas anteriores, pero la crisis religiosa se había hecho patente y numerosas órdenes religiosas, bajo la premisa de importantes vientos de cambio, se conformaron tanto al mundo que se mundanizaron con él. Así lo confirman algunos autores, al decir que no faltaron quienes vieron la concepción religiosa de la Iglesia al lado de socialismos y otras ideologías populares de tipo intramundano que irían penetrando en Latinoamérica<sup>13</sup>. De este tipo de secularización habla la sociología al constatar que: “en este proceso ocupa un lugar destacado un fenómeno en sí mismo religioso: la mejor o peor asimilación por parte de la intelectualidad de los países cristianos de los preceptos del Concilio

<sup>11</sup> LG 33.

<sup>12</sup> G. REDONDO, “Secularidad y secularismo”, 127,

<sup>13</sup> G. REDONDO, “Secularidad y secularismo”, 127,

Vaticano II<sup>14</sup>. Lo que se intentó por parte de muchos sectores de la Iglesia es tomar posición frente a la concepción individual del liberalismo, donde el cristianismo representaba algo «social» e ir desnaturalizando su dimensión salvífica. Se procuró estar presente en un siglo que se alejaba de los presupuestos religiosos<sup>15</sup>, en parte porque la religión se había separado en exceso de ellos y porque se sintió fascinación por aproximarse a una cristianismo meramente social que convergiera con las ideologías predominantes del momento. Esta nueva cercanía con el mundo subraya la palpable diferencia de una Iglesia retirada del mundo frente a otra que pretendía acercarse más y mejor a la vida de los hombres. En este sentido hubo aspectos muy interesantes:

Ayer la Iglesia era considerada sobre todo como institución; hoy la vemos mucho más claramente como comunión. Ayer se veía sobre todo al Papa; hoy estamos en presencia del obispo unido al Papa. Ayer se consideraba al obispo solo; hoy a los obispos todos juntos. Ayer se afirmaba el valor de la jerarquía; hoy se descubre el pueblo de Dios. Ayer la teología ponía en primera línea lo que separa; hoy lo que une. Ayer la teología de la Iglesia consideraba sobre todo su vida interna; hoy es la Iglesia vuelta hacia el exterior<sup>16</sup>.

La institución eclesial se vio con la necesidad de abrirse al mundo y en algunos casos se asemejó tanto a él que no supo entender en qué términos debía concebir la verdadera secularización que pedía el Concilio. La Iglesia, efectivamente debía alejarse de cualquier pretensión de poder político y de cualquier proximidad a las esferas temporales de dominio; pero no por ello debía renunciar a su esencia sagrada en medio del mundo. Este progresivo vaciamiento de lo sacro produjo la tentación en sectores políticos de presentarse como alternativa parareligiosa. En relación a este peligro hay que entender algunas de las manifestaciones de Pío XII alertando de tal riesgo. El mismo cuerpo sacerdotal estaba desconcertado en este ins-

<sup>14</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Sociología: Comprender la Humanidad en el Siglo XXI*, Eunsa, Pamplona 2006, 102.

<sup>15</sup> Cf. J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*.

<sup>16</sup> G. PHILLIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 1968, 24.

tante debido a su baja formación espiritual ya que “la Acción Católica no había pasado de ser una llamarada de buenas intenciones, que discurrió más por la vía de las cuestiones organizativas y estructurales que por la de una espiritualidad sacerdotal sólida y propia”<sup>17</sup>. Los laicos asumieron su papel como fermento en medio del mundo sin la adecuada formación que pedían los nuevos tiempos. El mundo secularizado vivía inmerso en un individualismo evidente y bajo el paradigma de la creencia en un progreso ilimitado. Los laicos como *longa manus* de los clérigos y llamados a entrar en las estructuras humanas, donde los sacerdotes no llegaban, pasaron serias dificultades en su misión y sería difícil determinar si convencieron o si fueron convencidos. Otro de los fenómenos que hablan de tal confusión fue que algunos religiosos vinieron a ocupar el papel que correspondía al laicado, pues no sabían muy bien cómo debería desarrollarse su papel en esta sociedad cambiante.

Pese a todo ello, uno de los grandes logros del Concilio fue rescatar el papel del laicado que antes no aparecía en las estructuras de la Iglesia ni en su vida interna. Además, se abrió al diálogo con el mundo asumiendo la libertad religiosa de cada hombre y, sobre todo, la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado, superando el espíritu de la Contrarreforma y abriéndose a un ecumenismo dialogante. Otro logro fue la reforma interna de sus estructuras ministeriales y sacramentales. Así lo indicó Juan Pablo II, al decir que en el Concilio se dio un renovado estilo ecuménico, caracterizado por una gran apertura al diálogo con las demás confesiones<sup>18</sup>. No obstante, la pregunta sigue planteándose en los mismos términos, ¿Cómo es que el Concilio suscitó tan diversas interpretaciones y cómo es posible que dé sensación que el papel del laicado todavía está por determinar en una Iglesia excesivamente clericalizada? Para Benedicto XVI la clave está en una incorrecta hermenéutica de los textos por parte de algunos sectores, pues se plantearon dos hermenéuticas contrapuestas: una desde la discontinuidad y la ruptura y la otra bajo el prisma de la reforma. El hecho real es que “en el interior de la Iglesia católica se vivió el Concilio como una confrontación de ambas corrientes”<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> G. REDONDO, “Secularidad y secularismo”, 31.

<sup>18</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el Umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994.

<sup>19</sup> J. ELZO, *Los cristianos...*, 92.

El mundo y la política dejan de identificarse con la Iglesia, y ella misma lo declara y hace explícito en sus constituciones, algo que venía siendo necesario y todavía falta aplicarse a diversas latitudes y países. Así lo vemos en la *Gaudium et Spes* al especificar que: “La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno”<sup>20</sup>. Se dejan de lado los postulados de autoridad y poder, para ir dejando paso a una Iglesia de comunión y diferenciada del poder político temporal: “la Iglesia ha iniciado un camino de alejamiento de las pugnas y debates propios de los poderes cerrados que son distributivos y está intentando separarse de los estados centrándose en su legitimación como colectivo de personas de fe y creyentes que reclaman libertad para actuar como tales en el ámbito público”<sup>21</sup>. En lugar del clásico clericalismo, se introdujo la noción bíblica de ‘pueblo de Dios’ y se percibe una necesidad de purificación en el nivel del poder en el mundo por parte de la Iglesia. Este nuevo acento eclesial le confiere a la Iglesia una mayor unidad y un rostro más humano dentro del pueblo de Dios y su fuerza radica justamente ahí, no en el reconocimiento de prebendas que cualquier Estado pueda otorgarle o reconocerle, sino en su total independencia estatal y en dar a los laicos el protagonismo que requieren en orden a una nueva misión.

A la par que esta *secularización positiva* se fue fraguando otro tipo de secularización a la que tildamos de *secularización confusa*. Algunos sectores de la Iglesia, queriendo hacerse uno con el mundo, bajo la intención de que el *pueblo de Dios* sintiera la cercanía de sus ministros, allanaron tanto lo sagrado y se identificaron tanto con el mundo que, en algunos casos, *desacralizaron* su ministerio. Esta postura ayudó a vaciar de espacios y referentes sagrados el espacio público de forma progresiva. Algunos de los testigos directos de aquel momento lo califican de *niebla espesa* y afirman que fue una época sumamente compleja para la Iglesia del siglo XX, que suele denominarse de «crisis postconciliar»<sup>22</sup>. Lo que ocurrió se puede sintetizar en una secularización mal entendida, pues muchos quedaron confundidos, como perdidos, sin saber cuál era el punto justo de diálogo con

<sup>20</sup> CONCILIO VATICANO II, “Constitución pastoral *Gaudium et Spes*”, en: *Constituciones...*, 76. (En adelante, GS).

<sup>21</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Sociología...*, 103-104.

<sup>22</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, Rialp, Madrid 2007.

el mundo, pues por una parte se había abierto una brecha enorme con la postura preconiliar y, por otra, después del Concilio, no se sabía muy bien qué papel jugar:

Un deseo de poner al día la fe, marginando a Dios y situando al hombre como centro; una reducción temporalista del mensaje evangélico de salvación; un replanteamiento de la identidad sacerdotal, que llevó a muchos a laicizar el estilo de vida, al tiempo que algunos pedían la abolición del celibato y otros tendían a ignorar o cambiar su carisma fundacional o a secularizarse; un experimentalismo litúrgico incontrolado y anárquico; un rechazo del magisterio eclesiástico, sobre todo en materia de moral sexual, unido a la defensa del marxismo, de la anticoncepción, del divorcio y hasta del aborto por parte de ciertos sectores católicos, incluso clericales<sup>23</sup>.

Toda esta crisis a nivel intraeclesial fue consecuencia de las malinterpretaciones y de la confusión por parte de algunos sectores de la Iglesia. Lo que salió a flote fue algo que ya estaba inoculado desde hacía tiempo y fruto de los profundos cambios culturales y sociales que se estaban dando en la sociedad del momento y que encontró entonces su cauce de expresión. Otro de los puntos fuertes que retrata el clima de *secularización confusa* que se vivió en aquellos años, fue la respuesta del pueblo fiel y de muchos ministros a la encíclica *Humanae Vitae* del 29 de julio de 1968<sup>24</sup>. Muchos ignoraban lo que decían los textos conciliares, pero los titulares de prensa servían de canal de transmisión con epígrafes muchas veces sesgados. El diálogo con el mundo contemporáneo produjo muchos abandonos en el seno de la Iglesia:

Poco a poco, las dudas se fueron generalizando. En países como Canadá, Holanda, Estados Unidos, Alemania, Suiza, España o Francia, la «cri-

<sup>23</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 130.

<sup>24</sup> La crisis reinante iba mucho más allá de la Iglesia, pues se trataba de una crisis de índole social, política y cultural y en este contexto se puso en marcha el Concilio. Ciertamente en este periodo se respiraban fuertes vientos de cambio y rebeldía en Europa. Sorprendió el interés y rechazo de sectores alejados de la Iglesia a la *Humanae Vitae*, solo entendible a la luz de la repercusión social de lo que en sus páginas se trataba.

sis postconciliar» se hizo especialmente aguda, aunque en cada lugar adoptase manifestaciones particulares. A unos, la fidelidad a la Iglesia les llevaba, en la práctica, a un conservadurismo estéril, a un apego a meras formas externas del pasado, a un *aggiornamento*. A otros, el *aggiornamento* les movía a la contestación y a la infidelidad<sup>25</sup>.

La sociedad occidental cambiaba a un ritmo vertiginoso y la crisis en la que se había sumido la Iglesia la dejaba desconcertada y sin saber cuál era su lugar en este nuevo escenario. De hecho, dos meses antes de la encíclica *Humane Vitae* estalló en París el famoso *Mayo del 68*. Esta fecha ha quedado marcada para la historia como un acontecimiento emblemático de la contestación estudiantil y del alejamiento de las bases juveniles de cualquier símbolo autoritario. Las ideas de Freud, Marx y Marcuse habían llegado a las bases juveniles para quedarse y produjeron cambios muy relevantes en sus estilos de vida. La autoridad, bien religiosa o civil, era contestada por una masa apasionada que veía en la institución matrimonial y familiar una atadura al amor libre que propugnaban.

En este contexto, el Papa firma la encíclica poco después del *Mayo del 68*, en plena *revolución sexual* que desembocaba en el “haz el amor y no la guerra” y la píldora anticonceptiva<sup>26</sup>. Se fue generando un nuevo estilo de vida, amparado por los avances tecnológicos y científicos y la ya incipiente globalización. La pérdida de raíces cristianas “desembocó en el llamado materialismo de Occidente en Estados Unidos, Australia o las naciones de la vieja Europa; y en el materialismo de Oriente en los países de Europa Central y oriental que dependían de la extinta U.R.S.S.”<sup>27</sup>. Pronto aparecie-

<sup>25</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 138.

<sup>26</sup> Los sectores más progresistas de la Iglesia se sentían decepcionados porque no se habían producido los cambios esperados tras el Concilio. Lo que ocurrió en las calles de París iba en consonancia con los cambios que se avecinaban en Europa y que progresivamente afectaría a todas las instituciones y estructuras de poder. En la revuelta estudiantil son muchos los cristianos, tanto católicos como protestantes, que son invitados a participar y unirse a la contestación. Cfr. D. PELLETIER, *La crise catholique*, Payot, París 2002, 29-33. A pesar de todo ello uno de los enemigos de tal revolución era la Iglesia a nivel institucional y muchos creyentes tenían la sensación de que la Iglesia debería ser una Iglesia del pueblo y para el pueblo y no en órganos de poder: “Le cristianisme: l’ennemi n° 1”, reza otro de los eslóganes que proliferaron en la capital del Sena”. Cf. G. BARRAU, *Le mai 68 des catholiques*, Éditions de l’Atelier, París 1998, 7.

<sup>27</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 141.

ron *posters* con la imagen de un Jesucristo equiparado a líder revolucionario al estilo del *Che Guevara*, de modo que su figura divina quedara diluida en beneficio de su mensaje de liberación terrenal y que tanta incidencia iba a tener en Latinoamérica<sup>28</sup>. En cambio, era la ley del libre mercado la que se iba imponiendo progresivamente y el interés personal se centraba en el placer individual:

Fueron años de desconcierto. Algunos, que propalaban doctrinas claramente opuestas al magisterio de la Iglesia, escudaban su comportamiento en un nebuloso espíritu conciliar y tildaban a los que se oponían de retrógrados, integristas o conservadores. El término tridentino adquirió un matiz peyorativo, casi de insulto. Otros se aferraban a un Tradicionalismo que no era la verdadera tradición cristiana, que conduce siempre a la humildad y a la obediencia al Vicario de Cristo, y llamaban progresistas, indiscriminadamente, a todos los que no compartían sus puntos de vista<sup>29</sup>.

No parecía quedar claro cuál era el papel del sacerdote y muchos de ellos se identificaron con la causa social e incluso de lucha por la clase trabajadora y en medio de ella, dejando de lado aspectos de su vida consagrada y de la misión a la que fueron llamados. La estructura eclesial no era capaz de dar respuesta a un problema que se vivía de forma intensa entre el clero católico. No era tan preocupante la secularización *ad extra* que la que se derivó después del Concilio *ad intra*. La justa separación de poderes religioso y político, junto con la pérdida de poder en las estructuras del mundo por parte de la Iglesia, invitaban a la ilusión de una vida evangélica más intensa; pero la secularización que nació dentro de la Iglesia desnaturalizaba la esencia sagrada y su misión en el mundo. La Iglesia tuvo que

<sup>28</sup> Para el obispo auxiliar Joan Carreras Planas (1930-2008) se había producido un movimiento de péndulo: los cristianos pasaban de la suspicacia ante el mundo a postrarse ante él de manera acrítica, sacralizando conceptos como pueblo o clase obrera. El creyente, según este análisis, si antes pecaba de excesiva seguridad en su fe, hasta el punto de querer imponerla, ahora se mostrará demasiado acomplejado, sin atreverse a un anuncio explícito del Evangelio. Cf. J. CARRERAS, *Del postconcilio al postprogressisme*, Mediterrània, Barcelona 1994, 28-29.

<sup>29</sup> J. HERRANZ, *En las afueras de Jericó*, 142.

pagar un precio muy alto en su misión de ser “luz y fermento en la masa” y no contentarse con estar sometida a cualquier poder intramundano:

El catolicismo sirvió como foco central de la crítica ilustrada de la religión. Ofreció durante siglos la resistencia más aparentemente fútil, de principios y energía a los procesos de modernización y secularización. Se resistió al capitalismo, al liberalismo, al Estado secular moderno, a las revoluciones democráticas, al socialismo y continúa resistiéndose a la revolución sexual y al feminismo. Incluso después de su acomodación oficial a la modernidad secular y de renunciar a su identidad como Iglesia estatal monopolista, la Iglesia católica rechaza convertirse en pura religión privada, como una creencia privada más. Desea ser a un tiempo moderna y pública. Efectivamente, desde el Vaticano II, ha mantenido un perfil altamente público a lo largo del mundo<sup>30</sup>.

## **2. La secularización implementada por la Iglesia**

Las relaciones Iglesia-Estado no son más que un aspecto de un problema mucho más amplio: el de las relaciones entre el hecho religioso, en todas sus dimensiones, y la sociedad considerada en su conjunto y no sólo en su dimensión política. Así pensada, la *cuestión religiosa* afecta tanto a los individuos como a los poderes, a lo privado como a lo público, y conduce a preguntarnos por la delimitación de los respectivos ámbitos, pues de lo que se trata fundamentalmente es de la reivindicación por parte de la religión de su derecho a impregnar la existencia individual y colectiva y, a la vez, de estar presente en el espacio público. Es verdad que la política y la religión sobresalen por encima de cualquier otro tipo de agrupación por su estructura y extensión, pues la comunidad religiosa suele tender a una totalidad envolvente que busca dar sentido. En este sentido, el halo religioso dominaba la vida entera de los hombres en una sociedad de cristiandad de los años setenta y la familia y la vida política se desarrollaban al compás de los ritos religiosos que marcaban el devenir social.

<sup>30</sup> J. CASANOVA, *Genealogías de la secularización*, 171.

No obstante, la legítima aspiración de la sociedad y de los individuos a liberarse de la tutela religiosa no fue una cuestión menor en el mundo contemporáneo. La modernidad se fue separando de la dimensión religiosa y centrándose en otros aspectos como la ciencia<sup>31</sup>. Esta visión se fue imponiendo en todas las sociedades europeas sin que ninguna pudiera eludirla. Ciertamente, no se planteó en todas partes con la misma violencia como sí se hizo inicialmente en Francia o en España. En Inglaterra, por ejemplo, la cuestión religiosa nunca dividió a la opinión pública y todavía queda por resolver la cuestión de la separación de poderes entre el Estado y la Iglesia. El Concilio Vaticano II propició un nuevo escenario entre las relaciones Iglesia-Estado que dará paso a nuevas políticas favorecidas también por la postura de la Iglesia ante un escenario cambiante:

Las relaciones Iglesia-Estado experimentaron cambios profundos después del Concilio Vaticano II. Éstas, sin embargo, no fueron como en el resto de los países, es decir por cambios en las políticas de los Estados, sino por cambios en la postura oficial de la Iglesia. Este cambio tuvo importantes consecuencias políticas. Tenía su origen en una conciencia religiosa que había cambiado, primero entre una minoría de sacerdotes y laicos católicos, y más tarde en un número cada vez mayor de miembros de la jerarquía, y finalmente entre los líderes de la Iglesia. Este cambio fue consecuencia de un acto de contrición que suponía repensar críticamente la relación de la Iglesia con la sociedad y la política. Esta nueva relación supuso una posición diferente y nueva de la Iglesia<sup>32</sup>.

### **3. La secularización dentro de la Iglesia. Poder de los clérigos y el laicado**

La Iglesia preconiliar presentaba una realidad altamente jerarquizada, donde la visión clerical se adueñaba del poder espiritual y lo personificaba en la figura del sacerdote, convirtiendo al laico en un mero receptor de lo sagrado, lo que conducía al laico inexorablemente hacia el clericalismo y

<sup>31</sup> H. SMITH, *La verdad olvidada*, Kairós, Barcelona 2001.

<sup>32</sup> J. PÉREZ VILARIÑO (ed.), *Religión y sociedad en España y los Estados Unidos*, CIS, Madrid 2003, 159.

la ascunción de un lugar pasivo en la vida eclesial. Así pues, “esta reforma eclesial vino a finalizar con muchas reliquias medievales: abolió la corte pontificia, disolvió los cuerpos armados pontificios, depositó el trirregno, es decir, la triple tiara en el altar, dando a entender que el pontificado romano abandonaba no sólo las pretensiones de poder político y social, sino también las manifestaciones externas”<sup>33</sup> y se daba paso a una nueva realidad mucho más integradora y a la altura de los signos de los tiempos.

Como frutos del Concilio Vaticano II nacen documentos que advierten de la necesidad de la presencia del laico en la vida interna de la Iglesia, no asumiendo roles que no le competen, sino desde su misma misión de laico inserto en el mundo. Se hace necesaria al día de hoy y, siguiendo el espíritu del Concilio, una progresiva secularización interna de la misma Iglesia, donde no todo tenga que pasar por las manos del clérigo y dignificar al laicado en la vida eclesiológica. Precisamente, la Exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles Laici*, prevenía de este peligro y venía a reflexionar sobre la importancia de los laicos en el mismo seno de la Iglesia, sin por ello tener que clericalizarse, sino asumiendo su papel como creyente en medio del mundo<sup>34</sup>.

Álvaro del Portillo, que fue nombrado perito del Concilio y que tuviera una participación destacada en el mismo como consultor de la comisión mixta para las asociaciones de fieles y prelado del *Opus Dei*, opinaba a este respecto que el fiel laico ya colaboraba plena y activamente, por el bautismo, en la vida de la Iglesia sin necesidad de clericalizarlo y dignificando su figura<sup>35</sup>. El sacerdote debe pasar del poder temporal o terrenal a la *auctoritas*, que deviene de una coherencia personal y en pos de un mayor servicio a los fieles. La autoridad es hacer público el ministerio, pero no como poder, sino como servicio. De hecho, Jesús de Nazaret no tuvo ningún poder legítimo: ni sacerdote, ni rabino, ni alumno de ninguna escuela famosa de la Torá; pero, en cambio, sí que tenía *autoridad*. Esta idea es necesario expresarla con claridad en el actual panorama religioso para mejor comprender que la clericalización es dañina incluso para el propio estamento eclesial:

<sup>33</sup> B. LLORCA - R. GARCÍA-VILLOSLADA - J. M. LABORA, *Historia de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid 2004, vol. V, 496.

<sup>34</sup> Cf. JUAN PABLO II, “Exhortación apostólica *Christifideles Laici*”, en: AAS 81 (1989), Editrice Vaticana, Vaticano 1989. (En adelante, CFL).

<sup>35</sup> A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia: bases de sus respectivos estatutos jurídicos*, Eunsa, Pamplona 1991, 117-119.

La clericalización de la Iglesia debe ser evitada en dos sentidos: en sentido espiritual y en sentido estamental. En sentido espiritual son clericales los que opinan que el cura, por el mero hecho de serlo, está más próximo a la perfección cristiana que los demás [...]. Son clericales estamentales los que opinan que el laico pertenece a la jerarquía eclesiástica de forma análoga a la que hace que el soldado de a pie pertenezca al escalafón militar<sup>36</sup>.

Por tanto, se hace necesaria una secularización interna en tanto que poder y privilegios del clero, donde el laicado participe de su propia misión en la Iglesia y como se desprende del sentir de los documentos magisteriales: “En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia”<sup>37</sup>. El Concilio deja clara la igual dignidad del laicado por su bautismo, y le asigna la dimensión secular como propia y peculiar<sup>38</sup>. Se acentúa con ello la dimensión secular de la Iglesia, hasta hoy poco valorada, pues como señaló Pablo VI más adelante: “la Iglesia tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión”<sup>39</sup>.

Una realidad eclesial nacida en el año 1928, como es el caso de la prelatura del *Opus Dei*, fundado por san José María Escrivá, ponía precisamente el acento en esta dimensión laical y la búsqueda de la santidad en medio del mundo sin la necesidad de asemejarse al clero para alcanzar tal meta. El laico es llamado por la Iglesia a santificarse en la vida profesional y social ordinaria sin necesidad de clericalizarse. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión. La misma Iglesia realizó una autocrítica y rectificó su postura al comprobar la tendencia del laicado hacia la clericalización, a modo de organización paralela al servicio del «sacramento del orden». La figura del laicado fue cobrando fuerza en el espíritu conciliar, de modo que éste se

<sup>36</sup> J. PÉREZ ADÁN, *Manifiesto anticonservador*, Carmaiquel, Valencia 1998, 85-86.

<sup>37</sup> CFL 15.

<sup>38</sup> LG 32.

<sup>39</sup> PABLO VI, “Discurso a los miembros de los Institutos Seculares (02.02.1972)”, en: AAS 64 (1972), Editrice Vaticana, Vaticano 1972, 208.

empezó a entender sin la necesidad de una referencia directa al clérigo, pero el camino a recorrer es todavía muy largo y las estructuras actuales son todavía antiguas y no han sabido cómo dar la cabida al laicado como lo pide el Concilio. El entonces cardenal Ratzinger puso en marcha una definición post-conciliar, donde se precisa la esencia del laicado y su lugar en la Iglesia. Esta *nota doctrinal* tomó cuerpo en el año 2002 y hablaba del *compromiso y la conducta de los católicos en la vida pública*<sup>40</sup>.

#### 4. Crisis en el seno de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II

Benedicto XVI se refirió a la problemática del Concilio Vaticano II en el año 2005 ante la Curia romana y abogó por una correcta hermenéutica del mismo. La interpretación difería en diversos sectores eclesiales y se hacía necesario interpretar correctamente cuáles eran sus premisas y postulados. En conclusión, la Iglesia tenía que alejarse de todo poder terreno y político y su misión debería girar alrededor del servicio a los pobres, entendiendo por ‘pobres’ también a aquellos que no conocen el evangelio, y la caridad. Se dieron aspectos de la secularización dentro de la Iglesia que fueron positivos<sup>41</sup>, como ahora apuntamos, pero otros cabría examinarlos con mayor detenimiento. Como aspecto sobresaliente de una secularización positiva podemos afirmar:

–No sacralizar lo que de por sí no era sagrado. Afirmar la justa autonomía secular de las realidades temporales, según la enseñanza del Concilio Vaticano II<sup>42</sup>.

<sup>40</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, “Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política (24.11.2002)”, en: [www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20021124\\_politica\\_sp.htm](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20021124_politica_sp.htm), citado el 1 de abril 2017.

<sup>41</sup> “La Iglesia en absoluto puede entenderse a sí misma después de todo como parte o función de la «sociedad». La Iglesia constituye un pueblo cuya parte más importante ya no se centra sobre esta tierra, sino allí donde se une con los «poderes celestiales y los santos serafines», tal como se dice en la misa. Sin esa perspectiva, la relación de los cristianos con el mundo sería ficticia y carente de vigor”. R. SPAEMANN, *El rumor inmortal*, Rialp, Madrid 2010, 232.

<sup>42</sup> “Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo” (GS 36).

–La clara posición de la Iglesia sobre su necesario distanciamiento de cualquier tipo de poder mundano, para que su acción en el mundo sea más auténtica y ceñida a su misión espiritual. La opción de la Iglesia debe ser la opción por los pobres y necesitados, nunca el posicionamiento a favor de conseguir cualquier tipo de prebendas o privilegios por parte de los poderes temporales. Eso sí, llamada a dialogar y cooperar con ellos en orden al bien común de un hombre que es a la vez ciudadano y creyente.

La *secularización interna* de la Iglesia es un concepto poco conocido fuera de los ámbitos eclesiales, pero de enorme fuerza entre los teólogos católicos de la segunda mitad del siglo XX. “Esta secularización se dejó sentir dentro de un ambiente social de ‘agnosticismo’ e ‘indiferentismo práctico’, donde cobraron vigor movimientos como ‘cristianos por el socialismo’, ‘comunidades de la Iglesia popular’ o la ‘Teología de la Liberación’”<sup>43</sup>. La denominada ‘Teología de la Liberación’ cobró enorme pujanza en toda Latinoamérica, no tanto en Europa, y arraigó en las comunidades de base marcadas por el signo de la pobreza y la injusticia. Todo ello condujo hacia esta denominada *secularización interna* de la Iglesia que entendió su misión en concomitancia con la doctrina marxista. Se percibía la dimensión temporal como lugar de la justicia social y no de la salvación y del encuentro con Jesucristo y se buscaba la cercanía a la sociedad, pero se olvidaban de la dimensión trascendente de la salvación. El Papa Francisco, en una reciente carta dirigida al cardenal Marc Ouellet, alertaba sobre el clericalismo que se produce en América Latina e invita a los sacerdotes a tener un espíritu de servicio y señala que el papel del laico no es el de estar al servicio de un cura, sino que por su presencia en el mundo debe ser atendido y promover su fe para el bien de muchos. Incluso habla de “exigencias de nuevas formas de organización y de celebración de la fe adaptadas al fiel laico”<sup>44</sup>.

No se trataba de la tradicional secularización externa de la sociedad y su posible efecto entre los hombres, sino de una secularización *ad intra*

<sup>43</sup> G. GUTIÉRREZ, *Teología de la liberación. Perspectivas*, Sígueme, Salamanca 1972, 40-41.

<sup>44</sup> FRANCISCO, “Carta del Santo Padre Francisco al Card. Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (19.03.2016)”, en: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco\\_20160319\\_pont-comm-america-latina.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco_20160319_pont-comm-america-latina.html), citado el 1 de abril 2017.

con la intención de ser acogidos y comprendidos por un mundo profundamente cambiante y, en ocasiones, desafiante. La dificultad que entrañaba el nuevo escenario hizo pensar a muchos teólogos que cabía acercarse al mundo hablando su mismo idioma, pero con el riesgo de ir arrinconando lo sagrado por miedo a no ser entendidos. De alguna manera, se produce desde esta perspectiva una mutilación del sentido trascendente del hombre, pues cualquier realidad humana debe circunscribirse a una cultura marcadamente inmanentista. Este peligro viene subrayado por algunos filósofos, cuando hablando de una de las infidelidades actuales a la esencia de la fe era el olvido de lo *mistérico*; señala en este sentido que una de ellas fue la de reducir el mensaje de lo sagrado a algo meramente intramundano: “la infidelidad más grave es la que tiene mayor actualidad en nuestro tiempo: el olvido de la otra vida, la atenuación de la perspectiva de la muerte y la perduración de la vida personal: Para muchos, hoy lo cismundano es el único horizonte”<sup>45</sup>.

## 5. Conclusiones

La Iglesia ha de ser reconocida en su misión en el mundo sin la necesidad de establecer pactos de Estado que la obliguen. Se trata de la institución antigua más soberana que existe, más que cualquiera de los Estados actuales que han devenido en modernos Estados nación. Lo que ha ocurrido es que tantas veces la Iglesia al sentirse perseguida ha buscado el amparo protector de los distintos Estados como un mal menor. No obstante, es bueno recordar que la libertad de la Iglesia se halla en su total independencia de cualquier tipo de poder terreno como se colige de la cita de san Pablo a los romanos: “Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2 Co 3, 17). Esta cita remarca la independencia de la Iglesia respecto de cualquier poder intramundano, pues su realidad es expresada por el ‘apóstol de los gentiles’ en términos de absoluta autonomía respecto de los distintos poderes que a lo largo de la historia la quieran manejar. Para tal fin es necesaria la colaboración del laicado como pide el

<sup>45</sup> J. MARÍAS, *La perspectiva cristiana*, Alianza, Madrid 1999, 111.

Concilio Vaticano II, ello redundará en una mayor presencia de la Iglesia en las estructuras del mundo y en una normalización de su misión y de adecuación a la realidad actual.

Todo esto marcó un antes y un después en la vida de la Iglesia, pues la reflexión teológica ha elaborado un nuevo modelo eclesiológico que está centrado en los pobres del Tercer Mundo. Fruto de esta apertura conciliar nacen los ministros laicales, catequistas y agentes pastorales en lo que se denomina comunidades de base que vienen a ser como células iniciales de la estructura eclesial, focos de evangelización y factores primordiales de promoción humana y desarrollo. El riesgo está, como hemos dicho, en reducir la salvación al aspecto meramente sociopolítico. No obstante, quedan secularizaciones necesarias a nivel intraeclesial pendientes y que deseamos subrayar, pues el camino no está concluso. Las hemos desgarnado en los siguientes puntos:

1. La desclericalización de las estructuras eclesiales. Es una necesidad que la Iglesia se pueda expresar en toda su riqueza como *pueblo de Dios*, especialmente tomando protagonismo los sectores laicales, sin menoscabo de la unidad de la fe.
2. Liberación de los clérigos de tareas burocráticas y administrativas; de modo que los clérigos puedan dedicar su tarea a la cura de almas y no ser confundidos en los dos planos: civil y religioso.
3. Profesionalización de las estructuras eclesiales: para que se elija al más capaz para cada cargo, independientemente de si es o no sacerdote, con la característica de que hay cargos que pueden realizarlos perfectamente los laicos, pues no afectan a la administración de sacramentos ni a la liturgia. Profesionalización es igual a competencia y la persona que asuma un cargo debe de estar ahí porque sea la más preparada en la materia y no por designación parcial o por ser clérigo.
4. Remuneración del trabajo realizado: para tal fin somos conscientes de que muchas diócesis no podrían asumir el dispendio de pagar a laicos por trabajos realizados para sus diócesis respectivas, pero habría que estudiar un sueldo digno y la forma de que esto se pudiera dar en el futuro.
5. Reconocer los derechos laborales y de asociación profesional por medio de sindicatos y agrupaciones expertas de las personas que traba-

jan para la Iglesia. Pueden organizarse desde la misma institución y no necesariamente ser llevado a cabo por organizaciones sindicales extrañas a la propia Iglesia y externas a ella.

6. El papel de la mujer en la vida de la iglesia puede y debe vehicularse a través de una necesaria potenciación del laicado. Esta sería la forma de darle el protagonismo que pide hoy día la mujer y que, cada vez es de mayor urgencia, ocupando cargos de decisión otorgados por competencia profesional y al servicio de la misión de la Iglesia y en comunión con ella. Sin por ello tener que ocupar la mujer cargos clericales, sino profesionales que afectan al buen funcionamiento de las instituciones de la Iglesia y del bien común.
7. Abandono de la Iglesia de cualquier poder temporal con la finalidad de potenciar su misión en el mundo y ser vista en lo que es: La Iglesia nacida en Pentecostés, una Iglesia evangélica y para los pobres en sentido amplio.
8. La secularización positiva es aquella que delimita poderes de la Iglesia con respecto el mundo y da cabida a los laicos con la finalidad de desclericalizar las estructuras eclesiales, y la negativa es la que intenta reducir y rebajar el misterio y desacralizar la Iglesia con la finalidad de asemejarse al mundo para creer así ser comprendida y aceptada.

## Bibliografía

- ALBERIGO, G., *La condición cristiana después del Vaticano II*, Cristiandad, Madrid 1987.
- BARRAU, G., *Le mai 68 des catholiques*, Éditions de l'Atelier, París 1998.
- CARRERAS, J., *Del postconcili al postprogressisme*, Mediterrània, Barcelona 1994.
- CASANOVA, J., *Genealogías de la secularización*, Anthropos, Madrid 2012.
- CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 2000.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, “Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política (24.11.2002)”, en: [www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_20021124\\_politica\\_sp.htm](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_20021124_politica_sp.htm).

- DEL PORTILLO, A., *Fieles y laicos en la Iglesia: bases de sus respectivos estatutos jurídicos*, Eunsa, Pamplona 1991.
- ELZO, J., *Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?*, PPC, Madrid 2013.
- FRANCISCO, “Carta del Santo Padre Francisco al Card. Marc Ouellet, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (19.03.2016)”, en: [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco\\_20160319\\_pont-comm-america-latina.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco_20160319_pont-comm-america-latina.html), consultado 01.04.17
- GUTIÉRREZ, G., *Teología de la liberación. Perspectivas*, Sígueme, Salamanca 1972.
- HERRANZ, J., *En las afueras de Jericó*, Rialp, Madrid 2007.
- JUAN PABLO II, *Cruzando el Umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994.
- \_\_\_\_\_, “Exhortación apostólica Christifideles Laici”, en: AAS 81 (1989), Editrice Vaticana, Vaticano 1989.
- LEJEUNE, R., *Robert Schumann. Padre de Europa (1886-1963)*, Palabra, Madrid 2000.
- LLORCA, B.- GARCÍA-VILLOSLADA, R.- LABORA, J. M., *Historia de la Iglesia Católica*, BAC, Madrid 2004, vol. V.
- MARÍAS, J., *La perspectiva cristiana*, Alianza, Madrid 1999.
- PABLO VI, “Discurso a los miembros de los Institutos Seculares (02.02.1972)”, en: AAS 64 (1972), Editrice Vaticana, Vaticano 1972.
- PELLETIER, D., *La crise catholique*, Payot, París 2002.
- PÉREZ ADÁN, J., *Manifiesto anticonservador*, Carmaiquel, Valencia 1998.
- \_\_\_\_\_, *Sociología: Comprender la Humanidad en el Siglo XXI*, Eunsa, Pamplona 2006.
- PÉREZ VILARIÑO, J. (ed.), *Religión y sociedad en España y los Estados Unidos*, CIS, Madrid 2003.
- PHILLIPS, G., *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 1968.
- REDONDO, G., “Secularidad y secularismo”, *Ius Canonicum* 27/53 (1987) 119-141.
- SMITH, H., *La verdad olvidada*, Kairós, Barcelona 2001.
- SPAEMANN, R., *El rumor inmortal*, Rialp, Madrid 2010.

Artículo recibido el 25 de abril de 2017.

Artículo aceptado el 7 de junio de 2017.